

A close-up photograph of a woman's face, focusing on her eyes and nose. Her right eye is a striking, vibrant green color, while her left eye is partially visible and appears to be a different shade. She is wearing a dark, circular nose plug in her left nostril. The background is a soft, out-of-focus light color, possibly a wall or a backdrop. The overall mood is mysterious and intense.

**LA
FLOR
DEL
MAL**

JANET FITCH

CÍRCULO DE LECTORES

Annotation

La flor de la adelfa puede llegar a ser venenosa... como el amor de una madre.

La Flor del Mal narra la inolvidable historia de Astrid, una muchacha cuyo paso por innumerables casas de acogida, cada una un universo con sus propias leyes, peligros y lecciones que aprender, acaba convirtiéndose en un viaje iniciático. Basada en el aclamado best-seller de Janet Fitch, La Flor del Mal (White Oleander) nos muestra los diferentes pasajes y experiencias que llevarán a la protagonista a perder su inocencia, pero también a descubrir la esencia de la vida y la verdadera independencia.

Todo empieza cuando Ingrid la descentrada pero atractiva madre de Astrid mata a su novio cuando éste se dispone a abandonarla. Desgraciadamente, su única hija, Astrid, está presente cuando la policía la arresta. Este suceso marcará para siempre de la vida de ambas. De pronto, Astrid se encuentra sola en el mundo.

Ingresada en varias casas de acogida, Astrid debe endurecer su carácter para luchar y sobrevivir en ese mundo al que ha sido arrojada. Intenta desesperadamente crearse una nueva identidad dentro de ese ambiente hostil y en constante movimiento. Lo único que no cambia en la vida de Astrid es la poderosa influencia que Ingrid sigue ejerciendo sobre ella.

Durante el lapso de tres años que marca la transición entre niña y adulta, Astrid debe aprender el valor de la independencia y la determinación, la furia y el perdón, el amor y la supervivencia, para librarse de su oscuro pasado.

JANET FITCH

La flor del mal

Traducción de César Aira

Emecé Editores

Sinopsis

La flor de la adelfa puede llegar a ser venenosa... como el amor de una madre.

La Flor del Mal narra la inolvidable historia de Astrid, una muchacha cuyo paso por innumerables casas de acogida, cada una un universo con sus propias leyes, peligros y lecciones que aprender, acaba convirtiéndose en un viaje iniciático. Basada en el aclamado best-seller de Janet Fitch, La Flor del Mal (*White Oleander*) nos muestra los diferentes pasajes y experiencias que llevarán a la protagonista a perder su inocencia, pero también a descubrir la esencia de la vida y la verdadera independencia.

Todo empieza cuando Ingrid la descentrada pero atractiva madre de Astrid mata a su novio cuando éste se dispone a abandonarla. Desgraciadamente, su única hija, Astrid, está presente cuando la policía la arresta. Este suceso marcará para siempre de la vida de ambas. De pronto, Astrid se encuentra sola en el mundo.

Ingresada en varias casas de acogida, Astrid debe endurecer su carácter para luchar y sobrevivir en ese mundo al que ha sido arrojada. Intenta desesperadamente crearse una nueva identidad dentro de ese ambiente hostil y en constante movimiento. Lo único que no cambia en la vida de Astrid es la poderosa influencia que Ingrid sigue ejerciendo sobre ella.

Durante el lapso de tres años que marca la transición entre niña y adulta, Astrid debe aprender el valor de la independencia y la determina-

ción, la furia y el perdón, el amor y la supervivencia, para librarse de su oscuro pasado.

Título Original: *White Oleander*

Traductor: Aira, César

Autor: Fitch, Janet

©2001, Emecé Editores

ISBN: 9788495908308

Generado con: QualityEbook v0.87

Generado por: Silicon, 04/12/2018

Janet Fitch

La flor del mal

TÍTULO de la edición original: White Oleander

Traducción del inglés: César Aira,

© Janet Fitch, 1999

© Emecé Editores, S. A., 2001

Depósito legal; B. 864-200)

ISBN 84-126-1036-1

Nº 27540

Al hombre de Council Bluffs

Los hechos y personajes de este libro son ficticios, cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia y no fue buscada por la autora.

Agradecimientos

AGRADEZCO sinceramente a las siguientes personas el haber hecho posible este libro.

Mi generoso amigo y colega Jeffrey Merrick, que leyó el grueso borrador de *La flor del mal* y me ayudó a cruzar el laberinto. Mi maestra Kate Braverman, que me enseñó el arte de la ficción, y mi familia literaria, en especial Les Ple-sko, el colectivo de escritura Hard Words, y Donald Rawley, un camarada al que echo mucho de menos. Mi agente literario, Bil Reiss, que creyó en mí a través de largos años. Mi amigo Warwick Downing, campeón de búsqueda y rescate en la materia escrita. Mi sagaz editor Michael Pietsch, y todo el personal de Little, Brown. Por su ayuda en la investigación, Ruby Owens, M.S.W., Departamento de Servicios Infantiles y Familiares, Centro Infantil MacLaren; doctor John Berecochea, jefe de la Rama de Investigación, Departamento Correccional de California; la Institución California para Mujeres en Corona-Frontera; doctora Elizabeth Leonard; doctora Denise Johnston, directora del Centro para Niños con Padres Encarcelados; y especialmente los muchos entrevistados que compartieron sus diversas experiencias conmigo como parte del Proyecto Hijas de Acogida. Mis maravillosos y colaboradores amigos y familia; mi madre y padre, Alma y Vernon Fitch, y, sobre todo, mi marido y mi hija, Steve y Allison Strauss, que me quieren sin importarles que un capítulo haya salido bien o no.

1

EL VIENTO de Santa Ana venía cargado con el calor del desierto y marchitaba las últimas hierbas de la primavera hasta volverlas hilos de paja blanquecina. Sólo las adelfas prosperaban, sus delicadas flores venenosas, sus hojas verdes en forma de puñal. Mi madre y yo no podíamos dormir en el calor seco de las noches. Desperté a media noche y vi su cama vacía. Subí al tejado y distinguí su cabello rubio como una llama blanca a la luz de la luna.

—Época de adelfas —dijo—. Los amantes que ahora se maten entre sí le echarán la culpa al viento.

Alzó sus manos grandes separando los dedos para que la sequedad del desierto los lamiera. Mi madre no era ella misma en la época del Santa Ana. Yo tenía doce años y temía por ella. Deseé que las cosas volvieran a ser como antes, que Barry siguiera con nosotras, que el viento dejara de soplar.

—Deberías dormir —sugerí.

—No duermo nunca —dijo.

Me senté a su lado, y miramos la ciudad que zumbaba y brillaba como un chip de ordenador dentro de alguna máquina indescifrable, reteniendo su secreto como una mano de póquer. El borde de su quimono blanco se sacudió al viento y pude verle el pecho, bajo y pleno. Su belleza era como el borde de un cuchillo muy afilado.

Apoyé la cabeza en su pierna. Olía a violetas.

—Somos los bastos —dijo—. Damos belleza y equilibrio, lo sensual sobre lo sentimental.

—Los bastos —repetí.

Quería que supiera que estaba escuchando. Se refería a nuestro tarot. Solía tirarme las cartas, y me explicaba las

figuras: bastos y oros, copas y espadas; últimamente ya no lo hacía. No quería saber más el futuro.

—Recibimos nuestro color de los Hombres del Norte —dijo—. Salvajes peludos que destrozaban a sus dioses con las hachas y colgaban la carne de los árboles. Somos los que saqueamos Roma. Sólo hay que temer la debilidad de la vejez y la muerte en la cama. No olvides quién eres.

—Lo prometo —dije.

Allá abajo, en las calles de Hollywood, las sirenas gemían y me destrozaban los nervios. Cuando soplabla el Santa Ana, los eucaliptos se encendían como bujías gigantes, y las colinas del chaparral se volvían en un instante una sola llamarada, expulsando coyotes y ciervos hambrientos hasta la avenida Frahklin. Alzó el rostro hacia la luna quemada, bañándose en sus rayos.

—Luna ojo de cuervo.

—Luna cara de bebé —respondí, con la cabeza en su rodilla.

Me acarició suavemente el pelo.

—Es una luna de traición.

En la primavera esta herida había sido inimaginable, esta locura, pero había estado ante nosotros, invisible como una mina subterránea. Ni siquiera conocíamos el nombre de Barry Kolker entonces,

Barry. Cuando apareció era tan pequeño... Más pequeño que una coma, insignificante como una tos. Alguien que ella conoció en una lectura de poemas. Fue en la terraza de un café en Venice. Como siempre cuando leía, mi madre vestía de blanco, y su cabello era del color de la nieve recién caída contra el fondo de su piel apenas bronceada. Estaba a la sombra de una enorme higuera, con hojas como manos. Yo estaba sentada a la mesa detrás de pilas de libros que se suponía vendería después de la lectura, libros delgados publicados por la *Bine Shoe Press* de Austin, Texas. Dibujé las manos del árbol y las abejas que se reunían

sobre los higos caídos, comiendo el fruto fermentado al sol y emborrachándose, tratando de velar y cayendo, La voz de mi madre me embriagaba: grave y cálida, con una punta de acento extranjero, el canto sueco de una generación atrás. Los que la oyeron una vez, saben del poder de esa voz después de la lectura se acercó gente, me dieron dinero para poner en la caja de cigarrillos, mi madre firmó unos libros. «Ah, la vida del escritor», decía irónicamente mientras la gente me daba sus arrugados billetes de cinco y uno. Pero amaba esas lecturas, lo mismo que amaba las veladas con sus amigos escritores, calumniando a poetas famosos entre un trago y un porro, y los odiaba, del modo en que odiaba el siniestro empleo que tenía en la revista *Cinema Scene*, donde pegaba el texto de otros autores que, por cincuenta centavos la palabra, derramaban clichés desvergonzados y apilaban sustantivos del montón y verbos flácidos, mientras mi madre podía sufrir durante horas tratando de decidir si ponía un o el.

Cuando firmaba sus libros, exhibía su habitual media sonrisa, más interna que externa, haciendo una broma privada de los agradecimientos a todos por haber venido. Yo sabía que estaba esperando a cierto hombre. Ya lo había visto, un rubio tímido con un collar de cuentas que se mantenía en segundo plano, mirándola, paralizado, embriagado. Después de doce años como hija de Ingrid, me era fácil localizarlos.

Un hombre regordete, con el cabello oscuro recogido en una coleta, se adelantó con su ejemplar para firmar.

—Barry Kolker. Me encanta tu trabajo. —Ella se lo firmó y se lo devolvió sin siquiera mirarlo a la cara—. ¿Qué haces después de la lectura?—preguntó él.

—Tengo una cita —dijo ella, tomando el siguiente ejemplar para firmar.

—Después de eso —repuso él.

Y me gustó su confianza, aunque él no era el tipo de mi madre, robusto, moreno y vestido con un traje del

Ejército de Salvación.

Ella quería al rubio tímido, por supuesto, más joven que ella, y que aspiraba a ser poeta. Fue él quien vino a casa con nosotros.

Me acosté en mi colchón en la galería y esperé a que se marchara, mirando cómo el azul de la tarde se volvía violeta, se demoraba como una esperanza no formulada, mientras mi madre y el rubio murmuraban al otro lado de los postigos. El incienso perfumaba el aire, una clase especial de incienso que ella había comprado muy caro en Little Tokyo, sin nada de dulce; olía a madera y té verde. Un puñado de estrellas aparecieron en el cielo, pero en Los Ángeles ninguna de las constelaciones era la correcta, así que las reuní en nuevas figuras: la Araña, la Ola, la Guitarra.

Cuando se marchó, entré en la habitación grande; Estaba sentada en la cama con las piernas cruzadas, con su quimono blanco, escribiendo en un bloc con una pluma que mojaba en un frasco de tinta.

—Nunca dejes que un hombre se quede a pasar la noche —me dijo—. El amanecer sabe echar a perder cualquier magia nocturna. La magia nocturna sonaba hermosa. Algún día yo tendría amantes y escribiría un poema después. Miré las adelfas blancas que había dispuesto sobre la mesilla de noche esa mañana, tres ramos de flores que representaban el cielo, el hombre y la tierra, y pensé en la música de las voces de sus amantes en la oscuridad, sus risas suaves, el olor del incienso. Toqué las flores. *El cielo. El hombre.* Me sentía al borde de algo, un misterio que me rodeaba como una gasa, algo que yo misma estaba empezando a enrollar.

Durante todo ese verano fui con ella a la revista. Nunca tuvo la previsión necesaria para inscribirme con tiempo en una colonia de vacaciones, y yo nunca mencioné la posibilidad. Me gustaba la escuela en sí misma, pero me resultaba una tortura tratar de ser una chica más entre las chicas. Las chicas de mi edad eran una especie enteramente diferente,

sus intereses me eran tan extraños como los de los nativos de Dogon o de Mali. El séptimo curso había sido particularmente penoso, y esperaba el momento en que pudiera estar de vuelta con mi madre. El departamento artístico de *Cinema Scene*, con sus plumas de tinta y un carrusel de lápices de colores, papeles grandes, cinta de enmascarar y titulares y fotos desechadas con los que yo podía hacer collages a mi antojo, era mi paraíso. Me gustaba el modo en que los adultos hablaban a mí alrededor; se olvidaban de mi presencia y decían las cosas más increíbles. Hoy, los autores y la directora de arte, Marlene* comentaban el romance entre el editor y la jefa de redacción de la revista.

—Un caso peculiar de la locura de santa Ana.—comentaba mi madre desde la mesa de dibujo—. La anoréxica picuda y el chihuahua con peluca. Supera lo grotesco. Sus hijos no sabrán sí graznar o ladrar.

Se reían. Mi madre era la que enunciaba en voz alta lo que los demás pensaban.

Me senté a la mesa de dibujo vacía al lado de la de mi madre, dibujando las persianas venecianas que recortaban la luz en rebanadas. Esperé a escuchar lo que diría a continuación mi madre, pero volvió a ponerse los audífonos, como un punto al final de un párrafo. Así era como trabajaba, escuchando música exótica por los audífonos y simulando que estaba muy lejos en algún reino perfumado de fuego y sombras; en lugar de estar sentada a la mesa de trabajo de una revista de cine pegando las columnas de la entrevista a un actor, por ocho dólares la hora. Se concentró eh; él movimiento de su cúter de acero, que cortaba el papel. Separaba largas tiras que quedaban pegadas a la hoja del cuchillo.

—Es su piel la que estoy arrancando —decía— Las pieles de esos escritorzuelos insípidos, que debo injertar en la página, creando monstruos de insignificancia.

—Nadie advirtió, la entrada de Bob, el editor. Yo bajé la cabeza y usé la regla T, como si estuviera haciendo algo

oficial. Hasta ahora no había dicho nada sobre mi presencia acompañando a mi madre pero, Marlene la directora de arte, me dijo: «Vuela bajo, evita el radar». Él nunca me vio. Sólo a mi madre. Ese día entró y se detuvo junto a ella; leyendo por encima de su hombro. Sólo quería estar cerca de ella, tocarle el cabello, blanco como la leche de un glaciar, y ver si podía echar una mirada por su escote. Yo veía el odio en la cara de ella cuando él se inclinaba, y, simulando necesitar afirmarse, le ponía una mano sobre el muslo-

Ella a su vez simuló sobresaltarse, y en un solo movimiento le hizo un corte en el antebrazo desnudo con el afilado cúter con el que trabajaba.

Él se miró el brazo, perplejo ante el hilo de sangre que empezó a aparecer.

—¡Ho Bob! —dijo ella—. Lo siento mucho, no he visto que estabas ahí. ¿Estás bien?

Pero la mirada que le dirigió con sus ojos de aciano le indicaba que con la misma facilidad podría haberle cortado la garganta.

—Descuida, sólo ha sido un pequeño accidente. —En el brazo tenía un corte de cinco centímetros debajo de la manga de la camisa—. Sólo un accidente —repitió un poco más alto, como tranquilizando a todo el mundo* y se apresuró a volver a su despacho.

A la hora del almuerzo fuimos en coche por las colinas y estacionamos en la sombra moteada de un-gran plátano, cuya corteza blanca empolvada parecía el cuerpo de una mujer recortado contra un cielo sobrenaturalmente azul. Comimos yogures y escuchamos a Anne Sexton leyendo sus propios poemas en el casete, con su irónico canturreo norteamericano que metía miedo. Leía sobre su estancia en un hospital psiquiátrico, con campanas que sonaban. Mi madre detuvo la cinta.

—Dime el verso que sigue.

Me gustaba que mi madre tratara de enseñarme cosas, que me prestara atención. Con frecuencia, cuando estaba con ella, la sentía inalcanzable. Cuando volvía su atención más aguda hacia mí, yo sentía la calidez que deben de sentir las flores cuando se abren a través de la niebla, bajo los primeros rayos del sol.

No tuve que buscar demasiado la respuesta. Era como una canción, y la luz se filtraba entre las hojas del plátano mientras la loca Anne hacía sonar su campana, en si bemol, y mi madre asintió.

—Aprende poemas de memoria, siempre —dijo—. Tienen que volverse la médula de tus huesos. Como el flúor en el agua, vuelven tu alma inmune a la podredumbre del mundo.

Imaginé mi alma bebiendo estas palabras como agua mineral en el Bosque Petrificado, transformando mi madera en ágata con dibujos. Me gustaba cuando mi madre me moldeaba de este modo. Pensaba que la arcilla debía de sentirse feliz en las manos de un buen alfarero.

Por la tarde, la jefa de redacción bajó al departamento artístico, arrastrando vaharadas de perfume oriental que se demoraban en el aire mucho después de que ella hubiera pasado. Kit era una mujer delgada con ojos demasiado brillantes y los gestos nerviosos de un pájaro asustado; sonreía demasiado con sus labios pintados de rojo mientras iba de aquí para allá, mirando el diseño, examinando páginas, deteniéndose a leer el texto sobre el hombro de mi madre, indicando correcciones. Mi madre se echó el pelo hacia atrás, como un gato retrocediendo antes de clavar las garras.

—Todo ese pelo —dijo Kit—. ¿No es peligroso en tu trabajo? Con los productos químicos que usas.

Su propio corte de pelo era geométrico, teñido de negro de tinta y afeitado en la nuca.